

VI.

—Tengo el honor de dar las gracias al respetable público,—dijo el empresario inclinándose.

Era llegado el momento de marcharse; iban á apagar las luces. Todos habían abandonado ya el local.

Pedro Pomerio permanecía contemplando á Kadja, ocupada en contar el dinero de la colecta. Cuando salió el joven, ella le miró con el rabillo del ojo. Y Pedro, ya en la calle, en medio de aquella noche clara, en la cual parecía que la luna alumbraba más, rielando sobre los estanques del muelle, echó á andar, dando vuelta á las fortificaciones, sin ver ni oír más que sus propios recuerdos, todos consagrados á aquella criatura morena que se balanceaba con flexibilidad y gracia á su presencia.



Nunca había visto mujer más bonita. ¡Y cómo le miraba pocos momentos antes! ¿Y el corazón también? ¡Caramba! El dinero, el corazón, los labios, todo se lo hubiese dado, todo lo hubiera puesto á los pies de la encantadora Kadja. Bien había hecho en guardar su navaja de Sheffield. Pero si ella se la hubiese pedido, también se la diera, como hizo con el corazón de Jersey. Aún le parecía escuchar «Gracias», ver aquellos ojos negros como la mora y aquel pecho blanco cual la nieve. Sin duda Kadja era una hada. Una hada ó una princesa, una hada como aquellas de las cuales hablaba Yan, y que á veces, semejantes á la de Créhen, se casan con un caballero, ó como la de la roca, que casó con un soldado. De todas maneras, casarse con Kadja y habitar en Plerin con ella, sería vivir en el paraíso. ¡En qué piensas, Pomerio! ¡Serás estúpido!, se decía. ¿La hija de un emir? ¡Por fuerza te has dejado los sesos en la barraca! ¡Sí, y se había dejado también el corazón!

¿Y el corazón también?

Y seguía andando y pasando por delante de la puerta en la cual ardían las bujías á los dos lados de la *Bone Dame*, y tropezando á cada paso gente que le parecía semejante en todo á la preciosa Kadja. Llegaba á su casa, tornaba á salir, y como si el sino suyo fuera dar en la

barraca, ya sumida en las tinieblas, encontrábase delante de ella sin saber cómo. Ya no había ni luces ni música. Estaba triste como los fuegos artificiales de Saint-Brieuc luego que se quema el castillo.

Á través de la lona no se percibía más que una lucecita que se proyectaba sobre la tela, semejante á una mancha de aceite. Oyó hablar, y acercóse dulcemente para oír mejor, porque había distinguido clara la vocecita de Kadja.

¡Pensar que estaba allí, detrás de aquella tela, sobre la cual pegaba Pedro los ansiosos ojos azules para ver si lograba verla! Atisbó más y más; el corazón le saltaba dentro del pecho. De pronto quedó estupefacto. ¿Estaba soñando? Era Kadja, quien hablaba con el maltés que había pronunciado el *speech*, y le decía:

—Verdaderamente es un guapo chico el bretoncito: y ¡me ha hecho tanta gracia cuando le vi dejar caer la joya en la pandereta!

¿Era un sueño lo que oía? ¿Era de él, de Pomerio, de quien hablaba? ¡No le había olvidado! Luego el maltés, primero con desabrimiento, después con acritud, por fin, colérico, exclamó:

—¡Bueno! Pues me vas á hacer el favor de no volver á acordarte del bretón, en la inteli-



gencia de que, si te diviertes en coquetear aquí como en Quimper, verás lo que te pasa.

—¿De veras?

—Te prevengo que si haces la sentimental con el corazón de Jersey, te tiro de cabeza al mar.

La disputa se agriaba: mezclábanse en ella palabras orientales y frases de *argot* del arrabal. El maltés debía estar en pie, amenazando á Kadja.

—¡Anda! Prueba á cogermé, y te tiro el vaso á la cabeza.

Era Kadja la que así hablaba. Al propio tiempo, Pomerio oía ruido de platos y cubiertos sobre la mesa: las risotadas del negrazo y el cloqueo de la enorme Aïcha, que acompañaba con aquel ruido la disputa.

—¡No me desafíes!—gritaba el maltés.

Pomerio adivinaba hasta los gestos. El hombre aquel se acercaba á Kadja, extendiendo las manos hacia el corazón de Jersey, que ella le enseñaba para darle rabia. De pronto, ruido de carne chocando contra la carne, resonó en los oídos de Pedro. El hombre debía haber cogido por el brazo á Kadja.

Aïcha y Alí, indiferentes, seguían bromeando.

Casi al nivel de su cabeza sintió Pedro chocar un cuerpo duro contra la tela, caer en

tierra y hacerse pedazos. Era el vaso de Kadja, que ésta había arrojado á la cabeza del maltés. Pero él debía tenerla sujeta, porque ella gritaba, se defendía, y decía con voz ahogada:

—¡Déjame! ¿Quieres dejarme? ¡Que me haces daño! ¡De veras te lo digo! ¡Cobarde! No, no te daré el corazón. ¡Ah! Pero ¿no me ayudáis, estúpidos? ¿No veis que me retuerce el brazo? ¡Que haces daño! ¡Socorro!

Al oír aquel grito: «Socorro», la sangre de Pedro se encendió, le subió á los oídos, resonando como si oyera campanas, y el joven, sin darse cuenta de lo que hacía, echó mano á la navaja de Sheffield, desgarró la tela verde de la tienda, y, separándola, se precipitó por la abertura como un loco, con el puñal en la mano.

El negro, que estaba acurrucado en un rincón, se levantó de un salto. El maltés, que tenía, en efecto, á Kadja cogida por las muñecas, volvióse hacia el joven, quien, con los cabellos en desorden y pálido como un muerto, iba sobre él. Sólo la enorme Aïcha permaneció impassible, royendo el hueso de un pollo, echada sobre un montón de cojines delante de la mesa.

El empresario, adivinando el peligro, rechazó á Kadja, quien, un tanto asustada, miraba á Pomerio sonriendo, orgullosa de su apa-



rición; pero ya Pedro tenía agarrado por el cuello al maltés, y, blandiendo el acero, colérico, le sacudía como un loco.

—¡Pero estáis borracho! ¡Alí, Alí!—decía el maltés.

Alí había puesto las negras manazas sobre los hombros de Pomerio, é hincándole la rodilla en los riñones, procuraba tirarle al suelo.

Pero el joven, que era muy robusto, despidió con violencia al maltés, que fué rodando por el suelo hasta tropezar con un baul, y volviéndose al negro, que en vano hizo presa en los cabellos del bretón, le abarcó por la cintura como hacen los luchadores, le puso en el pecho la barba, y apretando con hercúleo esfuerzo, hízole crujir los huesos, clavándole en la carne los férreos músculos.

—¡Socorro! ¡Socorro!—repitió Kadja.

La gordinflona Aïcha seguía royendo el hueso como si tal cosa, limitándose á apartarse un poco para que no la pisaran. Entretanto, el maltés, saltando como un gato sobre Pomerio, le arrancó de entre los dedos el puñal-navaja de Sheffield.

## VII.

Quando Alí cayó al suelo, el bretón se enderezó un poco, después de colocar bajo su rodilla al negrazo medio ahogado, y mirando al hombrecillo que echaba espuma por entre los labios amoratados, y que con la cara casi brotando sangre le amenazaba con su cuchillo:

—¡El cuchillo, ó te ahogo!—dijo.

Dejó entonces al negro, cogió por el cuello al maltés, pero no pudo ver el brusco movimiento del hombrecillo. No oyó más que un grito agudo de Kadja, y sintió dentro del pecho un frío extraño, algo así como la impresión que produce un puñetazo.

Permaneció un momento de pie, le pareció que el maltés, que se había puesto verde, tenía miedo y echaba á correr. Luego la mano de



Kadja tocó su mano, y la voz de Kadja le preguntó:

—¿Os ha hecho daño?

Pomerio quiso contestar que no; pero vió que le habían hecho sangre; sentóse, y al desabrocharse la ropa, advirtió que se desangraba.

El cuchillo de Sheffield, que estaba en el suelo, se hallaba tinto en sangre.

Á Pomerio no le dolía nada; estaba solamente sofocado. Parecíale como que le corría la sangre por dentro también.

No se quejaba; la cara morena de Kadja se le acercaba. Se le pasaban ganas de decirle: «¡Qué hermosa, qué hermosa estáis!»; pero la tienda se hallaba en aquel momento llena de gente, de marineros, calafates y trabajadores del muelle.... Luego, de pronto, toda aquella gente se separó de allí.... Llegaba la policía.

Aïcha dejó caer el huesecillo de pollo que se estaba comiendo, y empezó á gemir y lamentarse:

—No es nada (dijo). Una simple broma....; yo nada he visto, nada.... Estaba comiendo....

Un señor que llevaba una cruz en el ojal de la levita, el Comisario de policía del puerto sin duda, se acercó á Pomerio, y dijo:

—¿Es este el herido?

Pomerio veía detrás de sí al maltés, que,

pálido hasta la lividez, temblaba todavía, diciendo á todo el mundo que no podía explicarse cómo había sucedido aquello.

—¡Una desgracia, señor Comisario, una desgracia!

—Haced despejar la tienda.

Y cuando se halló casi solo con Kadja, el negro, el maltés y dos ó tres hombres más, uno de los cuales, sentado sobre un tapiz de la Argelia, iba escribiendo á medida que el Comisario interrogaba. Pedro Pomerio se sentía cada vez más débil; pero no triste, no; al contrario, le parecía estar soñando, y ser el héroe de una de aquellas historias maravillosas que Yan, el viejo Yan, le contaba á menudo, allá en su tierra, bajo el apacible cielo del país de las landas infinitas....

*Kadja, la hija del emir*, se aproximaba á él, y lo miraba como una de las hadas de aquellos cuentos miraban á sus favoritos, y en voz baja repetía:

—¿Sufrís mucho?

—No, no mucho....; esto no es nada.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó el Comisario á Pomerio.

—Pedro Pomerio, labrador, nacido en 1862 en Plerin, costas del Norte.

Á la luz de la lámpara, el alguacil escribía rápidamente.



—¿Y vos? ¿Vuestros nombres y apellidos?  
—dijo el Comisario á Kadja.

Ella respondió con la mayor naturalidad:

—María Potard.

—¿Edad?

—Diez y nueve años.

—¿Nacida?

—En Vaugirard....

—¿No teníais más oficio que este?

—Dispensad. Era chalequera. Este señor (y señalaba al maltés) fué quien me dijo que me hiciese artista.

El herido se había estremecido, y quería levantarse.

¿Entonces Kadja.... no se llamaba Kadja?

¡Y su historia, su baile y sus sonrisas, todo era fingido!

Los ojos espantados de Pedro Pomerio se fijaban en la bella muchacha con expresión desesperada; y mientras, en voz baja, balbuceaba palabras extrañas. «Hija del emir.... Biskra.... María Potard....» Las lágrimas acudían á sus pupilas, y le hacían sufrir mucho más que la sangre que se escapaba de su herida.

¡María Potard!....

Cerró los ojos, y no quiso ver más. En su delirio, pronunciaba palabras extravagantes y vacías de sentido.

Lo llevaron al hospital. Cuando los mozos

de aquel establecimiento levantaban la camilla donde lo habían colocado, la bella Kadja se aproximó á él, y le dijo con voz brusca, pero ahogada por la emoción, alargándole el corazón de piedra de Jersey:

—No quiero conservar esto.... ¡Él tiene la culpa de todo!

—Al contrario (dijo el bretón suavemente); conservadlo, porque creo que no tendré tiempo de dárselo á otra.



VIII.

La viuda Pomerio, de Plerin, leyó algunos días después, en el *Petit Journal*, á través de sus gafas, las seis ó siete líneas siguientes:

«Anoche hubo una riña, seguida de puñaladas, en la barraca llamada el *Concierto de las Sultanas*, en Saint-Malo. Un individuo, llamado Pomerio, labrador, recibió una herida mortal, que le fué inferida por Tito Bonnafé, marsellés ó maltés, director de aquel establecimiento. Transportado al hospital, Pedro Pomerio murió allí á las pocas horas. Tito Bonnafé se halla detenido, así como una muchacha llamada Potard, quien, según parece, fué la causa de la riña. Pero es probable que el proceso se sobresea; pues, según se dice y él declara, Tito obró en legítima defensa.»



Y la viuda Pomerio permaneció largo rato pálida, fría, anonadada, sin poder creer que se tratase de su hijo, de su amado Pedro, que había salido el mes antes con objeto de recoger la cosecha en Jersey, y al cual estaba esperando la pobre, afanosa, hambrienta de abrazarlo y besarlo, como hacen las viejas que ya no tienen en el mundo más que los besos de sus hijos.

FIN

LIBRERÍA  
DE  
EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS DE MEDICINA. Pesetas.

- Charcot.**—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa por D. Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1882: Dos tomos en 4.º, con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromo-litografiadas. (Quedan pocos ejemplares.)..... 26
- Fonssagrives.**—*Tratado de materia médica*, traducido y anotado por el Dr. D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor. Tres grandes tomos en 4.º mayor, con más de 2,000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto..... 30
- Fonssagrives.**—*Tratado de la higiene de la infancia*, traducido y anotado por el Dr. D. Manuel Flores y Pla.—Madrid, 1885: un tomo en 4.º mayor..... 10
- Fonssagrives.**—*Higiene y saneamiento de las poblaciones*. Versión castellana del Dr. D. Eduardo Blanco Vázquez.—1885: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas..... 6
- Fonssagrives.**—*Formulario Terapéutico para uso de los prácticos*. Versión española de D. Hipólito Carilla y Barrios. Un tomo en 8.º mayor con grabados. (Quedan pocos ejemplares.)..... 8
- Pouillet.**—*Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN LA MUJER*. Traducido de la última edición francesa por un Licenciado en Medicina y Cirugía.—1883: un tomo en 8.º mayor. (Quedan pocos ejemplares.) 2,50